

DONATIVOS.

Relacion de las cantidades con que se han suscrito los empleados de Marina de la provincia en favor de los infelices que han padecido en el temporal del 2 al 3 del corriente.

	Pesos.
Comandante. D. Juan de Noboa, , , , ,	12
Idem segundo. D. Manuel Salaverría, , , , ,	4
Capitan del puerto. D. Antonio Aubaredé, , , , ,	10
Ayudante de la comandancia. D. José María Sanchez, , , , ,	2
Los escribientes de la misma, , , , ,	5
Contador. D. José María de la Peña, , , , ,	4
Oficial 3º D. José María Franco, , , , ,	1
Escribiente D. Pedro Romero, , , , ,	1
Asesor del Juzgado D. Juan de Mata Aybar. , , , , ,	4
Escribano. D. Estéban Escalona, , , , ,	4
Maestro mayor de carpinteros. D. José Sicardó, , , , ,	1
Idem de calafates. D. Joaquin Macías, , , , ,	1
Total, , , , ,	49

Puerto-Rico 21 de Agosto de 1837.—José Nicolás Cestero.

Relacion del comandante y demas empleados del Arsenal de esta plaza que se susciben con las cantidades que se expresarán en favor de los infelices que han padecido en el horrible huracan de la noche del 2 del corriente.

	Pesos.
<i>Comandante.</i>	
Capitan de fragata graduado, Marqués de Piedrabuena, , , , ,	4
<i>Guarda-almacenes.</i>	
D. Rafael José Chico, , , , ,	2
<i>Escribiente de la Comandancia.</i>	
D. Vicente Sanjurjo, , , , ,	1
<i>Idem de la Sub-inspeccion y detall.</i>	
D. Carlos Cabrera, , , , ,	1
<i>Encargado del cuidado de los buques mayores.</i>	
2º Piloto particular D. Francisco del Valle. , , , , ,	1
<i>Contramaestre del Arsenal.</i>	
Primer guardian de la Armada. D. Juan Rubin de Celis, , , , ,	2
Total, , , , ,	11

Puerto-Rico 22 de Agosto de 1837.—El Marqués de Piedrabuena.

Relacion de las multas que han impuesto varios Alcaldes en el mes de Julio próximo pasado por las causas que se expresan.

	Ps. Rs.
<i>Cidra.</i>	
Felipe de Rivera, por una bestia suelta.	1 0
Carlos Gonzalez, por idem idem.	1 0
D. Eugenio Vazquez, por idem idem.	1 0
D. Blas Utr, por idem idem.	1 0
Francisco Ramos Rivera, por una bestia suelta.	1 0
<i>Cayos.</i>	
D. Pedro Vazquez, por una res suelta.	1 0
D. Juan Banet, por una bestia idem.	1 0
D. José Valdric, por idem idem.	1 0
D. Juan José Vazquez, por idem idem.	1 0
Doña Rosario Vazquez, por idem idem idem.	1 0
<i>Quebradillas.</i>	
Vicente Santiago, por haber matado una vaca preñada.	3 0

A Sta. Elena fue donde despues de la funesta batalla de Waterloo condujeron los ingleses a aquel que se fiara a su lealtad, que habia escrito al Principe regente de Inglaterra que le miraba como el mas generoso de sus enemigos. Confinado sobre aquella roca tan pequena que pudiera dar la vuelta en algunos cuartos de hora, separado del resto del universo, pero rodeado aun de algunos fieles súbditos que no quisieron abandonarle, el hombre del siglo no pudo permanecer en la inaccion. Acordábase que al despedirse en Fontainebleau de los restos de sus antiguas falanges les dijera: *Yo escribiré las grandes hazañas que hemos hecho juntos*: y quiso cumplir su palabra. Este era un medio de servir a su patria, pues era trabajar para su gloria. Era reinar aun en esta, porque desde aquella roca de destierro podia recompensar ó castigar con el elogio ó con la censura.

Los generales que le rodeaban, y que antes le consagraron sus espadas, fueron sus secretarios. Napoleon los reunia a su lado diariamente, no para dar bélicas instrucciones ó para dictar los inmortales boletines de sus victorias, sino para conversar de los pasados combates. Paseábase entonces agitado con los brazos cruzados sobre el pecho, y dictaba en voz clara pero contenida. A su lado el bravo general Gourgaud, el fiel Bertrand ó el conde de Montolon recogian con avidez las expresiones que soltaba el emperador. Dos horas duraba este trabajo, y era tan poderoso su interés que ninguno de ellos pensaba en su cansancio.

Asi es como trazó la historia de aquellas prodigiosas campañas de Italia, á que fué tan joven y acostumbró a sus soldados a vencer las veteranas y aguerridas tropas de la confederacion europea. De este modo fue sucesivamente escribiendo notas preciosas sobre los principales acontecimientos que admirara el mundo en los quince primeros años de este siglo, de sus prodigiosos esfuerzos y de aquella denodada perseverancia. Napoleon no pudo terminar aquel gran monumento que en el mismo lugar de su destierro aspiraba a elevar a la gloria francesa. La muerte llegó a interrumpirle en él.

La insalubridad del clima, la falta de ejercicio, y tambien sin duda la irritacion que le causaban los odiosos *chismes* de un hombre que en vez de representar a la Inglaterra preferia desempeñar el papel de carcelero; todas estas causas reunidas alteraron la robusta salud que Napoleon debia a la naturaleza: su estómago se desarregló, una fiebre lenta encendia su sangre, el sueño huia de sus párpados, y él mismo no tardó en conocer que su hora se acercaba. Dícese que entonces solo se acordaba de la Francia, de sus viejos soldados, de su hijo que, nacido Rey, debia morir sin reinar; empero no demostró ni el mas mínimo pesar en cuanto a su vida, ni una sola queja de su suerte.

Tan luego como el doctor Antomarchi, llegado de Italia para prodigar a Napoleon los socorros del arte, le dió a conocer la poca esperanza que quedaba, solo trató de disponer su voluntad postrera. Todo el mundo sabe que lo primero que hizo fue elevar su alma a Dios, porque habia adquirido una firme creencia en la santidad de la religion, aquel que con poderosa mano elevára de nuevo los altares derrivados por la anarquía. Sus primeras palabras y las primeras líneas de su testamento están destinadas a declarar que muere en el seno de la iglesia católica, de la misma que habia ayudado a sostener; de la que le habia dado título de su muy amado hijo. Una vez satisfecho este deber dedica un recuerdo a su hijo, en seguida reparte cuanto poseia entre los fieles súbditos que le rodeaban, y los que habiendo quedado en Francia pudieran necesitar tan inesperado socorro.

No tardó en presentarse la agonía; fue penosa y prolongada como si aquella alma tan fuerte no pudiese desprenderse de aquel cuerpo tan robusto que tantas fatigas osara despreciar. Por último el 5 de Mayo de 1821 a las seis de la tarde, espiró el grande hombre pronunciando algunas expresiones, de las que solo estas pudieron percibirse: *cabeza... ejército*. Estas dos palabras han hecho creer a algunos escritores que Napoleon habia muerto en estado de delirio: nosotros al contrario creemos que su conocimiento jamás le abandonó, y que al exhalar el último suspiro quiso dar a conocer su pesar de no morir a la cabeza de su ejército.

Su cuerpo descansa en Sta. Elena bajo un sauce que le cubre con su sombra, y esta gloriosa reliquia asegura a aquella roca una perpetua celebridad.

(S. Pintoresco.)